

RODRIGO ESCRIBANO ROCA

**MEMORIAS DEL VIEJO IMPERIO.
HISPANOAMÉRICA
EN LAS CULTURAS POLÍTICAS
DE ESPAÑA Y EL REINO UNIDO
(1824-ca. 1850)**

CENTRO DE ESTUDIOS AMERICANOS Y FACULTAD DE ARTES LIBERALES.
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2022

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO 1	9
PRÓLOGO 2	11
CARTAS DESDE SIDNEY. AGRADECIMIENTOS	15
INTRODUCCIÓN	23

PARTE I

DECADENCIA E IMPERIO

CAPÍTULO I. AUGE Y CAÍDA	37
Ruinas de libertad. El decadentismo progresista	40
Colón encadenado. Visiones <i>whig</i> y radicales del declive hispánico	51
Suntuoso sepulcro. La decadencia española en Blanco White, Marx y Garrido...	61
Providencial castigo. El decadentismo contrarrevolucionario.....	68
De clases medias y Estados modernos. La historia de España en el moderan- tismo	77
CAPÍTULO II. ESPEJOS IMPERIALES	93
<i>Partizans of corruption</i> . <i>Whigs</i> y radicales ante pasado imperial español.....	95
<i>The most savage barbarism</i> . Anti-hispanismo y pensamiento colonial	104
El ejemplo hispánico y el imperialismo iliberal	114
Raza e igualdad. La memoria imperial del progresismo	122
Pueblos, tronos y altares. El viejo imperio en el pensamiento antiliberal y mo- derado	131
Leyes especiales y mitos imperiales: las bases del colonialismo liberal	148
El día de la verdad. Autonomismo y cosmopolitismo en José Antonio Saco y Gertrudis Gómez de Avellaneda.....	159

PARTE II
MEMORIA Y REVOLUCIÓN

CAPÍTULO III. OCÉANO DE DESGRACIAS. MEMORIAS CONTRARREVOLUCIONARIAS.....	173
Fatales Doctrinas. Las revoluciones atlánticas en el antiliberalismo español.....	174
<i>The wildest of all projects</i> . El cisma hispánico en el imaginario <i>Tory</i>	196
Los caídos. Las memorias imperiales de García del León y Godoy	211
CAPÍTULO IV. <i>YOUTH BEYOND THE ATLANTIC</i> . WHIGS, RADICALES Y REPUBLICANOS.....	229
De la ilusión al desencanto. Las revoluciones hispanoamericanas en el liberalismo británico	231
Los héroes libertarios. Soldados y viajeros ante las independencias	249
La política imperial de las Cortes de Cádiz en el <i>whiggismo</i> y el radicalismo.....	263
El republicanismo transatlántico en España: retrospección y utopías.....	276
CAPÍTULO V. EL FIN DE LAS ESPAÑAS. PROGRESISTAS Y MODERADOS .	303
Reconocimiento y transición postimperial	305
Olvido e ilusión. El panhispanismo progresista.....	313
El hispanismo moderado y el monarquismo constitucional.....	342
CONCLUSIÓN.....	379
BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES.....	393
Fuentes primarias	393
Prensa periódica y revistas	393
Documentos gubernativos y parlamentarios.....	395
Libros, panfletos y otras obras impresas.....	397
Bibliografía secundaria	410

PRÓLOGO 1

Es un honor para mí escribir estas palabras. He acompañado desde el principio el proceso de iniciación a la investigación que termina con el presente libro. Este volumen constituye la reescritura de una tesis doctoral, que tuvo el privilegio de tutorizar y que ocupó a Rodrigo Escribano Roca varios años de dedicación absoluta. Ahora bien, el esfuerzo valió la pena, porque resultó una investigación de excepcional envergadura y calidad, como lo atestigua esta excelente obra, fruto de la inmensa capacidad de trabajo y la sobresaliente erudición de su autor, que queda sin duda patente en el volumen y es una de sus principales fortalezas. En este sentido, el libro parte de la revisión y análisis crítico de un nutrido repertorio bibliográfico y del manejo de una amplia variedad de fuentes primarias: producción intelectual —memorias, biografías, obras historiográficas, ensayos, novelas, libros de poesía y de teatro, publicaciones geográficas, estadísticas...—, prensa periódica y documentos gubernamentales y parlamentarios, que se conjuga para desembocar en una rica visión poliédrica.

Memorias del viejo imperio, Hispanoamérica en las culturas políticas de España y el Reino Unido (1824-ca. 1850) *está dedicado a la historia de España, pero de un modo tan reseñable como poco habitual, pues trasciende más allá de sus fronteras al proyectar un cruce de miradas nacionales sobre un mismo objeto. No solamente aborda la historia española en relación con América, con las antiguas colonias americanas, sino que, más allá de eso, vincula las visiones española y británica de la historia del pasado imperial español. Esta relación se establece con interconexiones de ideas, imágenes y referentes políticos, entre España y Gran Bretaña, y estas interacciones son, según se propone en la obra, relevantes en ambos procesos de construcción nacional. El libro analiza el hispanismo y el hispanoamericanismo en el debate público español, su peso en la conformación política de la España liberal decimonónica; así como también el alcance de estos idearios en el Reino Unido y su consecución a través de la legitimación de la influencia británica a partir de la justificación de las independencias americanas. En cada uno de los dos espacios, a su vez, se abordan en el presente trabajo múltiples culturas políticas. Lo anterior se lleva a cabo de manera diferenciada en las dos partes que componen el libro: la primera sobre la configuración de la Monarquía hispánica en América, desde la perspectiva intelectual tanto española como británica; y la segunda, desde estos mismos enfoques, acerca de las causas y consecuencias de las independencias hispa-*

noamericanas. Todo ello en la temporalidad de las décadas que siguieron a las emancipaciones de las repúblicas americanas. Dicho de otro modo, Memorias del viejo imperio identifica las narrativas, conceptos y teorías acerca del pasado imperial español y el presente de las nuevas naciones americanas, recién lograda la independencia, en las múltiples corrientes de pensamiento español y británico tratadas; y también aborda el papel de estas ideas en los imaginarios y las políticas tanto españoles como británicos.

Por todo lo anterior, Rodrigo Escribano Roca realiza una valiosa contribución historiográfica con este prolijo libro, que muestra en toda su riqueza la pluralidad de interpretaciones que hizo que la memoria del imperio español se convirtiese en arena de discusión y reflexión ideológica, así como de construcción de proyectos políticos futuros. En contra de lo establecido tradicionalmente por la historiografía, la obra afirma la importancia del lapso comprendido entre el fin del imperio español en América y la mitad del siglo XIX en lo que se refiere a la proliferación de la construcción de imaginarios transatlánticos en los dos casos nacionales estudiados. Estos imaginarios acerca del «viejo imperio» serán además sumamente influyentes en las culturas políticas posteriores tanto en el caso español como en el británico.

Mairena del Aljarafe, diciembre de 2021.

Eva SANZ JARA

PRÓLOGO 2

A comienzos de la década de 2020 se repite una y otra vez que el mundo cambió, que ya nada es lo que fue y que vivimos en un continuo presente debido a que nos quedamos sin futuro y nos desconectamos del pasado. Se ha generalizado la idea de que el mundo está inmerso en una profunda crisis. Los medios de comunicación transmiten a diario imágenes de violencia, guerras, desorden, tensiones sociales, polarización política, desastres naturales, corrupción, pobreza, desigualdades, hambre, enfermedades y un largo etcétera. Se ha aceptado que los jóvenes tendrán que vivir peor que la generación de sus padres, que no hay trabajo para todos, que los salarios no pueden crecer y que debemos acostumbrarnos a vivir con menos, pero al mismo tiempo se comprueba que un puñado de multimillonarios aumentan sus fortunas sin cesar. Unas cuantas familias acumulan más riqueza que el 60 por 100 de la población mundial (4.600 millones de personas). Pero lo más preocupante es que, ante el aumento del desorden y las desigualdades, se ha construido el relato de que, como la democracia ha dejado de ser un instrumento capaz de arreglar los problemas, la solución está en la recuperación de los regímenes autoritarios; y como el futuro se ha desvanecido ante nuestros ojos la salvación se encuentra en el regreso al pasado (retrotopía).

Esta sensación de frustración y de apocalipsis no es nueva en la historia de la humanidad. Tenemos constancia de que este sentimiento de vacío se expandió con mayor o menor intensidad al final de las diferentes etapas por la que pasaron las distintas civilizaciones. Lo que resulta sorprendente es que a comienzos de la segunda década del siglo XXI no se haya construido todavía un proyecto alternativo. Sobran las distopías narradas en el cine y faltan utopías ilusionantes por las que luchar y en las que confiar. La serie de Star Trek emitida en 1966 fue una notable excepción. En aquella ficción se imaginaba un mundo de igualdad, sin explotación ni pobreza, sin dinero, sin propiedad privada, sin racismo, ni machismo, sin contaminación y sin calentamiento global. Se mostraba una sociedad en la que las máquinas tomaban las decisiones correctas y se evitaba el ejercicio del poder por el poder. Resulta llamativo que desde entonces se hayan extendido las distopías que ponen de relieve que, a falta de un futuro mejor, debemos conservar lo que tenemos y que incluso tenemos que dar las gracias de vivir en el presente que tenemos, pues podríamos incluso estar peor.

El libro de Rodrigo Escribano Roca describe con lucidez cómo, cuando se estaba resquebrajando el Antiguo Régimen en Occidente a finales del siglo xviii y comienzos del siglo xix, surgieron distintas propuestas de qué futuros había que construir. Durante décadas se discutió qué modelo de sociedad había que impulsar, cuál era el más viable y cómo había que implementarlo. Multitud de pensadores intercambiaron sus argumentos. En un mundo sin Internet y sin teléfonos, las ideas circularon con rapidez. Unos escribían en inglés y otros en francés, portugués, alemán, italiano, castellano, pero la diversidad de lenguas no supuso la existencia de barreras conceptuales. Lo más importante es comprobar que estos debates no se encerraron en reducidos círculos a los que pocos tenían acceso, sino que se reproducían en la prensa, los ateneos, los parlamentos, los teatros, los cafés, las barberías y los clubes, por lo que la sociedad en su conjunto participaba de ellos. Novelistas, poetas, pintores, músicos, escultores y artistas contribuían con sus obras a alimentar las ensoñaciones de cada propuesta de futuro. No por casualidad, los historiadores aparecieron en el escenario como actores principales con voz potente, pues cada utopía se apoyó en un relato del pasado. Los conservadores, liberales, monárquicos, republicanos, whigs, tories, radicales, moderados, católicos y protestantes construyeron sus respectivas historias para legitimar sus proyectos. La historia adquirió un reconocimiento y una relevancia notoria en la sociedad, pues era la pieza que ayudaba a legitimar los proyectos, las identidades y las memorias políticas. No era un mero conocimiento científico del pasado, conocido y discutido solo en despachos. El conjunto de la sociedad estaba al tanto de las discusiones sobre qué modelos de sociedad se pretendían construir y qué pasados había que narrar para legitimarlos. La sociedad vibraba como si hubiera recibido una descarga eléctrica cuando un diputado, un historiador, un actor, un poeta o un compositor exponía sus ideas en un parlamento, una universidad, un teatro o un auditorio. Se hablaba de política y se discutía de historia por haberse convertido en uno de los pilares de la construcción de las identidades nacionales.

El libro expone con erudición los argumentos y contraargumentos de unos y otros pensadores y compara con precisión las discusiones que se dieron en el mundo hispánico y anglosajón. El lector puede rastrear cómo las ideas y las historias imaginadas se fueron cruzando entre sí, y puede detectar de qué modo los pasados imperiales hispano y británico fueron utilizados por unos para defender sus proyectos conservadores y por otros para sostener sus ideas progresistas. Unos relataron las bondades de los sistemas imperiales y otros subrayaron las barreras que impidieron el desarrollo de la modernidad y el progreso. Pasado, presente y futuro estaban sólidamente conectados, formaban parte de una cadena en las que ningún eslabón estaba suelto. Cada proyecto se asentaba y explicaba en una circunstancia del presente y se apoyaba en un relato historiográfico del pasado.

El libro de Rodrigo Escribano Roca puede ser leído tanto por historiadores profesionales especializados en la historia de las ideas y por especialistas dedicados a narrar la evolución de las corrientes historiográficas, como por un público general que quiera saber y entender qué proyectos se debatieron entre 1824 y 1850 y qué relatos historiográficos se utilizaron para legitimarlos. El autor pone de relieve que fue una época que, por no haberse estudiado con la pro-

fundidad debida, seguía preñada de demasiados estereotipos interpretativos. El periodo de estudios está por tanto bien seleccionado. Es un libro erudito (prueba de ello es el innumerable número de obras que aparecen en la bibliografía), pero que se lee bien. Está bien escrito. Cuando el lector se sumerge en sus páginas se transporta mágicamente a la primera mitad del siglo XIX. Como si se tratara de una novela, el lector toma partido de las tesis de unos y otros autores y vibra al igual que lo hicieron los pensadores que se glosan. Rodrigo Escribano Roca es un historiador profesional del siglo XXI que ha sabido recuperar el tono y el vigor de la historia del siglo XIX. Es un relato bien estructurado que hace dialogar las emociones y esperanzas de las sociedades del siglo XXI con las del siglo XIX. Cuando los lectores recorran con sus ojos sus páginas no dejarán de sorprenderse por la potencia de las tesis que desarrollaron los pensadores de la primera mitad del siglo XIX, pero sobre todo al comprobar comparativamente el vacío y desierto conceptual y argumentativo en el que nos encontramos en la actualidad.

Hacia falta este libro y Rodrigo Escribano Roca lo escribió. Una obra maestra.

IELAT-UAH.

Pedro PÉREZ HERRERO

CARTAS DESDE SÍDNEY. AGRADECIMIENTOS

Bajo del metro en *Circular Quay*. La bahía de Sídney es una herida inmensa en el rostro del último de los continentes. Como siempre que llego aquí, me siento instalado en una lejanía magnética. Una lejanía de la que quiero formar parte. Los ferris zarpan en busca de algún monstruo azul y jorobado. Al marcharse, atraviesan un paisaje inverosímil: olas expresionistas de pétreo contextura, eucaliptos añejos, barracones-museo y ejércitos emplumados que casi ocultan el cielo. Palacios no tan viejos, rascacielos apiñados y nativos sedentes tocando el *didjeridoo*. Estatuas victorianas de colonos solemnes, bullicio tabernario de turistas, y olor a pato asado que llega de las Asias trasplantadas. Me dejo caer en un banco oxidado junto a *Darlington Harbour* y, sobreexcitado por los enigmas de la ciudad, me pierdo, como suelo, en una reflexión más bien errática sobre mis investigaciones y sobre la relación que guardan con el mundo que me circunda. Me complazco recordándome a mí mismo que soy un español haciendo una tesis doctoral sobre el mundo euroamericano en Australia: ¡Qué carambola irreplicable! Disfruto momentáneamente comparándome con aquellos pensadores decimonónicos que, como yo, se lanzaron a interpretar históricamente una mundialización de la que ellos mismos eran hechura y parte implicada. Afortunadamente, la vanidad se pasa pronto y solo queda gratitud. Me contemplo a mí mismo filosofando en la otra punta del planeta y me doy cuenta de que este privilegio se lo debo al esfuerzo y la confianza de muchos colegas, profesores y seres queridos repartidos por Madrid, San Diego, Viña del Mar, Morelia, Porto Alegre, Montarrón, Nanjing, Derby, Manila y otros tantos parajes. Las relaciones trabadas y reforzadas con todos ellos a lo largo de estos cuatro años han sido para mí, no es falsa adulación, uno de los resultados más valiosos de la investigación. A todos ellos les dedico el presente libro.

Para comenzar, debo darle las gracias al Ministerio de Educación y Cultura de España, que financió este proyecto a través de la concesión de la ayuda FPU14/04695. También le doy las gracias a la Escuela de Doctorado de la Universidad de Alcalá (UAH), por financiar, a través de la Ayuda para la Movilidad de Profesorado Universitario (FPU), mis estancias en la University of California, San Diego y la Western Sydney University (WSU). Gracias también a la Fundación Chile-España y a la British Scholar Society por facilitar con sus fondos mi participación en sus respectivos foros académicos. Este libro también es deudor de otros apoyos que han facilitado la adaptación de la tesis doctoral que le pre-

cede. Gracias, en primer lugar, a las instituciones que han tenido a bien financiar la edición de la obra. En primer lugar, el Instituto Universitario de Investigación de Estudios Latinoamericanos (IELAT) de la Universidad de Alcalá, con la particular colaboración de su director, Pedro Pérez Herrero. En segundo lugar, la Facultad de Artes Liberales (FAL), la Dirección de Investigación y el Centro de Estudios Americanos (CEA) de la Universidad Adolfo Ibáñez (UAI). A este respecto, ha sido esencial el impulso de Chantal Dussaillant, Diego Melo, Carla Pozo y Rodrigo Moreno. Tampoco puedo dejar de mencionar los dos proyectos de investigación en los que me he visto involucrado tras la finalización de mi tesis doctoral y en cuyo seno se han potenciado las reflexiones de esta obra: el «Programa interuniversitario en cultura de la legalidad», H2019/HUM-5699 y el Fondecyt de Iniciación N.º 11200245 «La Expedición del Pacífico y la Guerra hispano-sudamericana en los imaginarios geopolíticos de la España liberal (1860-1866)».

Gracias a mis directores de tesis por su profesionalidad y por su implicación. Todos ellos excedieron sus obligaciones académicas y me contagiaron su amor incondicional por enseñar y, sobre todo, por aprender. Gracias a Gregory Barton, por su disponibilidad y su ayuda en todo lo referente al estudio del imperialismo informal. Gracias a Brett Bowden por considerar, acoger y potenciar este proyecto, facilitando su aceptación en la WSU. Fue él quien me abrió las puertas de aquella lejanía que me he traído conmigo. Me presentó a los canguros y las *possums* arbóreas, me descubrió al tranquilo *kookaburra* y me regaló charlas llenas de luz y tiempo. Mi torpe inglés no fue obstáculo para que sus ideas y su experiencia impregnasen mi escrito, haciéndolo más maduro, auténtico y preciso. Gracias a Eva Sanz Jara, por su trabajo asiduo, casi esclavo. Cercana y transparente, siempre supo inspirarme un nuevo aliento en los momentos de zozobra. Gracias por su lucidez, su franqueza y sus ganas inagotables de implicarme en sus proyectos y de instruirme. Rigurosa y coherente, sostuvo heroicamente el orden con sus adendas amables y sus desvelos sabios y tranquilos. A ella le debo haber encontrado un rumbo fijo en medio del caos de ideas y de preguntas que me es consustancial. Por el contrario, a Pedro Pérez Herrero le agradezco que le haya dado pábulo a ese mismo caos con su pasión, rayana en la locura, por los mundos perdidos y distantes, por el ayer preñado de mañanas. Gracias por su asombrosa capacidad para asombrarse, por su sacrificio cotidiano y desprendido, por su exigencia. Gracias por las tardes de miércoles, por los relatos destartados, por el rostro alucinado de los estudiantes frente a mi propio rostro, por las trifulcas teatrales y por las derrotas dulces. Él me ha enseñado que la única forma de enseñar es aprendiendo, que la imaginación es un juego de muchos que nos mantiene a salvo de las negras cadenas de la razón estanca y el narcisismo enfermo. Gracias por las naciones inventadas, las revoluciones trasnochadas y los futuros abiertos. Todos ellos fueron una excusa para pensar por y desde la libertad y, tal vez, como él dice, para cambiar el mundo.

Gracias a Anna Cristina Pertierra, directora del Área de Relaciones Internacionales de la School of Humanities and Communication Arts de la WSU por haber trabajado salvaje y desinteresadamente para que el convenio de cotutela entre su institución y la Universidad de Alcalá pudiera llegar a buen puerto.

Como en el caso de mis directores, su compromiso trascendió con mucho lo profesional y me permitió aprender de ella, compartiendo reflexiones caribeñas y paseos por Redfern. En este ámbito, debo también dar las gracias a María Carmen de la Peña Montes de Oca y María Vega López González, que desde la Escuela de Doctorado de la Universidad de Alcalá propasaron también sus obligaciones para que la cotutela fuera posible y, con ella, el libro. Tampoco debo olvidar a Isella Brijandez y Christine Hunefeldt, que con laboriosos trámites facilitaron mi estancia en la University of California, San Diego.

Le doy también las gracias a Raúl Martínez Fernández, María del Carmen Colinas, María Dolores Piqueras, Wayne Peake y Alfonso Muñoz Cantero, todos los cuales atendieron con paciencia y resignación mis incesantes consultas y peticiones administrativas desde la Dirección de Estudios de Postgrado, el Servicio de Gestión a la Investigación, la Escuela de Doctorado y el Departamento de Historia de la UAH, así como desde la School of Humanities and Communication Arts de la WSU.

No puedo dejar de agradecer su colaboración al personal de las Bibliotecas Universitarias de la WSU y la University of California, San Diego. Gracias a estas instituciones, así como a la Biblioteca de New South Wales, pude tener acceso digital y físico a los archivos periodísticos y parlamentarios y a las obras impresas necesarias para desarrollar en plenitud el análisis del caso británico, sin necesidad de acudir a las islas. Gracias también a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), el Ateneo de Madrid, la Fundación Pablo Iglesias, la Biblioteca Nacional de España, el Archivo Histórico Nacional y la propia Universidad de Alcalá por haberme facilitado el acceso a sus repositorios y colecciones documentales y bibliográficas.

Gracias a todos los académicos que, a lo largo de mis estancias, participaciones en cursos y congresos y colaboraciones en libros y revistas me han provisto con valiosos consejos y comentarios en torno a la investigación. De entre estos merecen una mención especial José Ignacio Ruíz Rodríguez, Nuria Tabanera, Inmaculada Simón Ruíz, Christine Hunefeldt, David Mares, Pablo García Loeza, Eberhard Craillsheim, Peter Villela, Luis Castro Castro, Pedro Ruíz Torres, James Sanders, Tomás Pérez Vejo, Manuel Chust, Francisco Catilla, Ben Etherington, Julio Seoane, Isabel Wences, Andrea Rodríguez Tapia, Nuria Soriano y Gilberto Aranda. Debo detenerme muy especialmente en Teresa Cañedo-Argüelles, pues ella dirigió mi mirada allende el ancho mar, rompiendo las costuras del espacio y del tiempo. Por ella llegué allá donde lo extraño se tornaba propio: donde la alteridad se hizo semilla de un yo insospechado, rebosante de preguntas e inquietudes. Fue ella quien me habló de los *ayllus*, del poder virreinal, de Lima Norte. Por ella me atreví a acudir a aquel Santiago de Chile, cada vez más distante: mosaico de miseria y de grandeza; de rascacielos, de rucas y de iglesias maltrechas, de viejos fantasmas y nuevos comienzos. Todo lo que ha seguido, se lo debo a ella y a su empeño por ser una extraordinaria profesora.

Gratitud les debo, además, a los colegas doctorandos con los que intercambié lamentos y consejos en mis desplazamientos. Entre ellos hay algunos que merecen una mención aparte. Gracias a Angello, gaucho empedernido y alegre,

surfista filósofo. Gracias a Biyan y a María, por nuestras ebriedades antípodas. Gracias, ante todo, a Francisco Laguna, castellano viejo y orgulloso, perdido en la frontera como un Cortés errante. Compañero de armas, anfitrión impecable, asceta crepuscular, enemigo implacable de las fiebres modernas, amigo.

Junto a estos académicos y colegas, muchos otros me han animado a continuar desde los ámbitos más insospechados. Gracias a Araceli y Esperanza, por las llaves perdidas y los perdones fáciles. Gracias a Mamen y Luisa, por los colacaos de costumbre y el heroísmo obrero y femenino. Gracias a Alipio, por sus anacronismos necesarios. Gracias a Susan y a Dennis, por su refugio babélico. Gracias a Elizabeth y a Paul, por sus historias de exilio y su hogar cálido. Gracias a Gerda, Elke y Lucien, por los juegos jurásicos y las carreras sin rumbo por Mittagong. Gracias a Miriam, melancólica paria de risa arrolladora, brindadora de oficio, protestadora dulce, prisionera irredenta: vastedad de corazón. Gracias a Pablo, náufrago de los cerros, guía de laberintos portuarios, discreto enamorado, noble plebeyo. Tuya es la dignidad del último Guerrero. Gracias a Alba y a Javi, por los paseos copiosos, las bodas arruinadas y los banquetes de cocodrilo. Salvasteis a un texano en el desierto y a un español en crisis en la ciudad lluviosa. No me dejó ni a Laura ni a Vicente, maestros veraniegos, padres vocacionales, me disteis aires limpios, montañas imposibles, playas de arena clara, chimeneas crepitantes y maravillas antediluvianas. Celebro vuestro apoyo y vuestro amor.

Para mi fortuna y regocijo debo extender los agradecimientos a los compañeros y amigos de la Universidad Adolfo Ibáñez (UAI), nuevo hogar cuya confianza me colmó de la energía y los recursos para escribir el libro. Gracias a David Rex, Cecilia Inojosa, Fernando Wilson, Paola Corti, Verónica Ramírez, Francisco Covarrubias, Karin Chadwick, Francisca Sofía Rodríguez, Diego Melo, Paula Rojas y Macarena Cárdenas. Lo imaginen o no, sus estímulos académicos e intelectuales, así como su cariño desinteresado, fueron decisivos para ayudarme a terminar este escrito. Gracias a Gonzalo Serrano, wanderino obsesivo, pluma afilada y viva, humorista mordaz, capitán abnegado. A Tomás Villarroel, estudioso de imperios derruidos, cruzador de aduanas, compañero de penas transatlánticas, elocuente canalla recubierto, cierto es, de germana prestancia. A Gabriela de la Cerda, Camila Iturrizagastegui y María José Chiesa: emperatrices del campus, compañeras de exilio en ese edificio F aislado y carcelario; bebedoras de Spritz, proveedoras de vino y de lunas porteñas; combatientes del *Core*, nuevas amigas. A José Antonio Valdivia, *Pelao*, hercúleo bonachón, lenguaraz bizantino; transeúnte inconformista de utopías y nostalgias, golpeador filantrópico, Jedi de esta galaxia. A Rodrigo Moreno, Cincinato moderno, almirante aclamado, rey sin trono; cartógrafo de rutas compartidas, encantador astuto, alquimista avezado de la bondad y el mando. Gracias, especialmente, a Marcos Alonso, Pizarro redivivo, egregio emulador de gatopardos; explorador orteguiano de naturas, pecados y potencias ocultas. Escéptico vocacional, taciturno guasón, apasionado críptico; conquistador altanero de tableros imposibles, simiesco cazador de glorias y romances, Atreide hispano, hombre-mundo. Que nuestras borracheras de grandeza continúen granjeándonos periplos improbables, islas tomadas, derrotas irrisorias, palafitos perdidos, conversaciones kilométricas e ideas inconfesables.

No puede faltar un agradecimiento sincero al Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT) de la Universidad de Alcalá. Escuela de profetas, circo de disciplinas remezcladas, ring de ideas combativas. El IELAT nos dio voz, nos ofreció preguntas sin respuesta y, a cambio de alguna noche en vela y algún disgusto iniciático, nos permitió a sus doctorandos organizar, crear, pensar, dialogar y hasta enseñar. Las escaseces crónicas no afectaron al nervio de su empeño y, tras años de trabajos aparentemente ingratos, se adivinan cimientos poderosos: una comunidad de académicos de todas las partes del globo, de las generaciones más diversas, que vienen y que van develando las claves de esta época imprecisa y excitante. El IELAT me ha puesto en contacto con muchos académicos de dilatada experiencia cuyos consejos en distintos ámbitos de la investigación han sido fundamentales. Entre ellos, debo mencionar a Eduardo Cavieres, Jaime Vito, Alicia Gil Lázaro, Camilo Pereira, Agustín Sánchez Andrés, María Sol Lanteri, Flavia Macías, Jesús Izquierdo, Janete Abrao, José María Lozano, José Esteban Castro, Daniel Sotelsek y Fabián Almonacid.

Pero, ante todo, debo dar las gracias por las aportaciones académicas y personales de muchos compañeros de investigación, aprendizaje y llanto que me acompañaron en mi formación como *ielateca*. Gracias a David Montero, santo moderno, bondad de hueso y carne, ayudador de oficio. Gracias a Mirka Torres, amazona risueña, valentía disfrazada de un abrazo perenne. Gracias a Karla y a Noelia, luz y sombra, claroscuro de un cuadro de brillantez naciente. Gracias a Carlos Martínez, paria confeso, arlequín pensativo, gladiador de las plazas. Gracias a Yurena González, guerrera rústica, inteligencia franca, domadora de tesis. Gracias a Gonzalo Andrés García Fernández, demente enamorado, superhéroe historiográfico, hombre-sueño. Gracias a Fernando Ayala López, amauta del silencio, romántico secreto, moralista aguerrido. Gracias a Felipe Orellana Pérez, repúblico virtuoso, Atlas de la academia, Baco amable, honor y genio, hombre dedicado y bueno. Gracias a Juliana Patarroyo, flor de Ibagué, loca sensata, alma café, mujer balanza.

Gracias, también, a todos los ya viejos amigos que me han acompañado desde los tiempos de la carrera. Generación extraña, de lujos y de exilios, estos años nos vieron y nos ven repartidos por el orbe. Eneas depauperados buscando un haz de luz en los puentes aéreos. Nuestros ritos de paso nos han envejecido, y dejan algo digno a nuestra espalda y una promesa, pobre pero palpable, a nuestro frente. Gracias a María Benavides y a Javier Sebastián, por los días de evasión ética y de sol tranquilo, por los castillos y los tableros, por las gaviotas inglesas y los hurtos menores, por vuestra insistencia desinteresada en hacerme la vida grata y divertida. Pues es María amable burladora, vencedora de fieras de la mente, guerrera humanitaria, portadora de chándales invictos, eterna proponente de planes incumplidos: una excelente amiga. Y es Javier tahúr afable, Maquiavelo prudente de artimañas sublimes, preguntador constante, Hugh Grant de las Castillas, autor de verborreas imprescindibles, un tipo divertido y bien humano. Gracias a Irina Rubio, por seguir discutiéndome los delirios con la energía y la inteligencia del primer día, de la primera fila; por su cariño innegociable, por las charlas de coche y su escuchar tan lúcido, tan suyo. Nueva Hipatia, surcadora de mármoles y estratos, pasionaria enigmática, justiciera sin matices, camarada

de riñas y de sueños. A Aitor Díaz-Maroto, por ser mi sherpa en esta actualidad digitalizada, rápida y violenta; por su fidelidad perruna, por sus portazos y por nuestros perdones. Vikingo inofensivo, voz de cueva y de trueno, misionero profano, postrural de mi vida. A Rebeca Viñuela, espíritu errabundo, lectora piadosa, curiosa insaciable. Camarada de sofismas, compañera de viajes que van a ninguna parte, polizona de libros misteriosos. Gracias porque tus «noes» fueron, casi siempre, «síes» disfrazados de irreverencia. Siempre te echo de menos, nunca de más. Por último, para Álvaro Casillas solo me queda un sonoro «de nada», por haberle proporcionado yo inspiración teórica, asesoramiento historiográfico y más cariño del que es deudor. Pero, «de nada», sobre todo, por haberle yo dado el privilegio de tener un amigo al que ha podido animar, divertir y ayudar indefectiblemente durante estos años. Discutidor eterno, irónico patológico, corsario de bareto, socio imprescindible de teatros docentes, muchos «de nada», amigo.

A toda mi familia, por mantenerme a salvo de la auto-explotación en los domingos de juego y de banquete. Se lo agradezco especialmente a mi tía Bea, heroína de mi infancia, niñera eterna, viajera empedernida, descubridora osada. Si hay un orgullo grande que me hinche y me complazca es el de haber seguido tus pasos peregrinos por caminos distintos. Gracias por despertarme el apetito de aventuras con tus paseos flamencos, pamperos y orientales. Gracias por tu amor franco.

A Blanca Bello. No recuerdo un instante de este viaje cansado en que no te haya visto alegre, fuerte y menuda, como tú eres. Solo tú sabes, mujer de hierro y fuego, cómo han pasado los meses y las semanas mientras permanecíamos anclados al sofá y al escritorio, silentes y cansados. Nunca hubo más consuelo que la melancolía de las pantallas, que los *shows* carcelarios, que las bromas furtivas entre párrafo y párrafo y alguna mirada de esas que dicen «venga, coño, adelante». Escuchaste estoicamente mis marcos teórico-metodológicos; soportaste mis excesos bibliográficos y mis estupideces recurrentes; me arrebataste el libro en el momento justo, financiaste mis huidas repentinas, te reíste de todo para que yo no tuviera excusas para llorar por nada. Has sido tú ejemplo vivo, hogar portátil, compañera innegociable, inteligencia contagiosa. Este libro no sería más que verborrea sin los paseos matritenses, sin las cuevas portuguesas, los tritones pirenaicos, los glaciares andinos y aquel arrecife grande como el tiempo en el que la Tierra entera nos devolvió la mirada. Gracias de corazón, Blanca, risueña prodigiosa, quejicosa valiente, razón de mi fe ciega y de mis ganas de todo.

A mis padres, Susana y José María. Porque este libro, ya sea bueno o malo, es el legado de vuestro esfuerzo vehemente. Por las lecturas forzadas de *Manolito*, por el águila Atenea, por las tardes de grandes pantallas y palomitas excesivas, por las lecciones magistrales en el coche, por los Serrats y los Sabinas, por aquel libro de Julio César que incendió una pasión que no claudica. Por los periplos terrestres, por los árboles de Oviedo, y las ruinas de Sagunto y las tardes de Estepona, por Aínsa y por Boltaña. Y porque vuestra herencia la llevo en cada gesto, en cada lágrima y cada alegría, porque yo he visto el mundo con vuestros ojos dignos y me habéis regalado un porqué y un destino. Y así voy confiado, con un hogar indesahuciable prendido de mi espalda, un hogar de amarguras alegres y de alegrías amargas, de Cides y Jimenas, de palabras secretas, de derrotas honro-

sas, de memorias que duelen y que asombran, que son parteras de posteridad y de esperanza. Conmigo llevo el recuerdo constante de vuestra humanidad generosa, imperfecta, tozuda y solemne, de vuestro amor perenne.

A Gonzalo, mi hermano. Editor exigente y dedicado de este escrito. Maestro de escritura, profesor visceral de verbos improbables, artífice de lunas suburbanas, domador de leopardos transparentes. Amante de las cosas y los seres, tu pena es penitencia por el don de ordeñar a la belleza. Tú me enseñaste a ver hipopótamos fucsias en las nubes lejanas, a palpar las tinieblas musicales y a hacerle el amor, con callada paciencia, a las ciudades grises. Por ti veo la belleza de las historias grandes y terribles que figuran en este escrito. Todas estas secciones, palabras y comillas te pertenecen, como a Pólux pertenecieron los crímenes de Cástor. Compartes cada mérito y demérito, como Josué compartió el destino del ciego Jericó. Porque tú eres, hermano, mi mitad encarnada, el final de mi yo solo y perdido: compadre de cien vidas inventadas, de mil noches en vela mofándonos del mundo, de pensamientos que nunca han de tomar asiento. Esta obra no es digna de tus cuentos de piratas, de tus teatros de grandeza compungida, de tus poesías de asfalto y de farolas. Pero me gusta pensar que es un paso más en nuestro camino compartido hacia algo parecido a la verdad.

INTRODUCCIÓN

Había sido al atardecer, navegando el gran río Mississippi a lomos del vapor *Hercules*. Aquel 23 de abril de 1828 el sol se había puesto mientras el capitán Basil Hall sentía de súbito el paso inexorable del tiempo. Atrás quedaban las bulliciosas ciudades del este angloamericano, creciendo en población, extensión y riqueza. A un lado era posible avistar un enorme *steam-boat* venido de Hamburgo y al otro un bergantín que se dirigía a la Habana. En este último detuvo el capitán la mirada, para contemplar el espectáculo de un imperio que daba a su fin, en medio de un mundo aparentemente repleto de comienzos. Un desafortunado grupo de españoles viajaba en la embarcación. Habían sido lanzados «a la deriva» por el gobierno mexicano de Guadalupe Victoria dos semanas atrás. Tapados con mantas, trataban de guarecerse de los vientos de Luisiana. Hall describía, con cierta melancolía, a estos expulsos que, según sus palabras, mantenían una sombría dignidad, a pesar de su paso repentino de la opulencia a la más absoluta de las miserias. En el centro de todos ellos, una figura llamó particularmente la atención del escocés: se trataba de un sexagenario barbado, alto, de nariz «romana», piel oscura y cabello negro. Iba cubierto de un largo manto, azul y blanco, que ondeaba al compás de la brisa. Sentado aparte, rodeaba sus rodillas con sus manos cansadas mientras mantenía sus ojos clavados en poniente. El capitán Hall suponía que esta fijación en el oeste era accidental, pero no podía evitar conjeturar que los pensamientos del anciano se habían ido a instalar a los otrora pujantes virreinos indios, ahora perdidos sin remisión. La mente de aquel español emigrado y derrotado se encontraba, al parecer: «*in the forbidden quarter where at last the sun of Spanish success and glory has gone down in blood and tears, just as it rose, at their bidding, upon the Caribs and the Incas of those regions, three centuries ago*» (HALL, 1829 III: 287-288).

No era extraordinario que el oficial británico incurriese en estas especulaciones mientras observaba a los exiliados. Como él mismo contaba, aquel día se había estado deleitando con la lectura de la biografía de Cristóbal Colón, recién escrita por WASHINGTON IRVING (1828). Emocionado como lo estaba por el relato romántico del estadounidense, e inspirado por la inmensidad del río y el traqueo del vapor, parecía natural que ese viejo español se le presentase al capitán Hall como un testimonio vivo del poder de la Monarquía católica en el continente americano y como prueba trágica de su accidentado final. El sentido de ruptura

histórica que le suscitó aquella escena remitía a una constante en la vida de este marinero, oriundo de Edimburgo. Desde su primera misión en 1802, Hall se había dedicado a recorrer el mundo a bordo de la *Royal Navy*, participando en las guerras y revoluciones que, ante sus ojos, habían conmovido los cimientos políticos de Europa y América (LAUGHTON, 2004).

Hall, convencido de la relevancia de sus vicisitudes marineras, las había reseñado con detalle. En sus escritos, el capitán dio cuenta de hechos sin precedente, como sus operaciones de apoyo a la independencia española en la Galicia ocupada por el ejército francés; sus viajes de exploración en los mares de la India y Guangzhou; su entrevista personal con el vencido Napoleón en Santa Elena y, por supuesto, sus recorridos a través de las provincias insurrectas contra el poder español en América (HALL, 1832). Hall había comenzado a describir estos últimos a bordo de su navío, el *Conway*, el cual le había llevado por Valparaíso, Lima, el Callao y Acapulco, en un periplo que había durado de 1820 a 1822. Con una disposición siempre favorable a las independencias, y particularmente al libre comercio que estas prometían, Hall había reseñado en su diario los entusiasmos revolucionarios de las masas que se movilizaban contra el trono en las ciudades de los viejos virreinos (HALL, 1824 II: 262-264). Nunca le faltó la ocasión de anotar las animadas conversaciones sobre el futuro de las nuevas repúblicas que se sostenían en los puertos. También dio cuenta del triunfo progresivo de los *Patriot* sobre los *Royalists*, y auguró las bondades que estaba destinado a procurar el *representative government* cuando sustituyese al mando arbitrario de los oficiales regios venidos de la Península (HALL, 1824 I: 284-288). Ahora bien, el escocés no había dejado de enfatizar su preocupación por la hispanofobia «irracional» que había comenzado a arraigar en las opiniones y las pasiones de los adalides de la independencia, impulsando un proceso cuyo final presenciaría en el Mississippi: la *despotic expulsion* de los vecinos españoles (HALL, 1824 II: 96). También había tenido ocasión de atemorizarse ante los excesos populares, cuando, por ejemplo, una estampida de vecinos del Callao le había rodeado para acusar a su tripulación de espionaje (HALL, 1824 I: 123-124).

De las promesas del liberalismo político a los temores y desórdenes de las revoluciones; de la gloria de los próceres al peligro latente de las turbas, el capitán le transmitía al lector una visión que, aunque favorable a la independencia, subrayaba la ambivalencia de los cambios por él presenciados. Tras su publicación en 1824, los relatos de Hall tuvieron una acogida entusiasta entre las revistas y periódicos británicos, ya apoyasen o condenasen las revoluciones sobrevenidas en el Atlántico hispano¹. Por ejemplo, la *Literary Gazette* se hacía eco de los diagnósticos más optimistas del capitán, aseverando que el gobierno de los líderes independentistas arrojaría una «luz de libertad» sobre el eclipse de los monopolios impuestos por la Corona y las corporaciones de Antiguo Régimen². No era tan favorable a la disolución del dominio español la opinión de otros actores, como

¹ La obra alcanzó rápidamente varias ediciones que fueron insistentemente anunciadas en la prensa. E.g.: «This day is published, in 2 vols.», *The Times*, 13 de julio de 1824.

² «Hall on South America», *The Literary Gazette: A Weekly Journal of Literature, Science, and the Fine Arts*, London, núm. 379, 1824: 259-260.

el reseñista anónimo de la *Quarterly Review*, que se mostraba escéptico ante las independencias. La América española, discurría, se había insurreccionado por la fuerza de ciertas élites locales, cuyas declamaciones republicanas chocarían pronto con sus propias ambiciones de dominio personal, con la heterogeneidad de las sociedades bajo su poder y con la anarquía derivada de la pérdida de las instituciones monárquicas³.

Las opiniones encontradas a que había dado lugar el relato de viajes del capitán Hall mostraban, en todo caso, un poso común: estaban permeadas por la sensación de que la América española⁴ se hallaba, como la misma Europa, en un punto de no retorno, en medio de una rapidísima mutación, de una ruptura cuyas causas se habían fraguado en el yunque de tres largos siglos y cuyas consecuencias serían, si bien inciertas, decisivas (FRYXELL, 2019: 285-298)⁵.

Una vez consumado el estallido y desarrollo de las revoluciones liberales atlánticas, iniciadas con la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1776, el tiempo, la memoria y la historia parecían haber entrado en una extraña carrera de alteraciones mutuas. Sus ritmos y sus sentidos se transformaban al compás marcado por las caídas repentinas de imperios inmensos y dinastías centenarias. Ángel de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas desde 1834, formaba, como Basil Hall, parte de una generación que había experimentado en carne propia las sacudidas del siglo recién inaugurado. Su nacimiento había tenido lugar solo dos años después de la toma de la Bastilla, cuando el sonido metálico y mortuorio de las guillotinas parisinas parecía haberse escuchado incluso en las distancias de su nativa España. A este silbido, temido y adánico, del metal que cercenaba los bustos regios, le había acompañado subterráneamente el eco excitante de cambios decisivos e inminentes. Su niñez aún le había reservado trazos de normalidad, permitiéndole cultivar sus dotes intelectuales y castrenses con la educación tradicional de la aristocracia andaluza. Sin embargo, pronto había llegado el colapso fatal del trono hispano en 1808, la invasión de la Península por parte de los ejércitos napoleónicos, su propia participación en la guerra contra el dominio francés y su compromiso temprano, aunque no definitivo, con los valores de la revolución liberal. Más tarde habían venido los años de disputa civil, de nuevos órdenes (o desórdenes) constitucionales, de servicios a los gobiernos liberales y de reacciones monárquicas que le habían arrojado al exilio maltés y parisino en la década de 1820 (ROSALES, 1965: 395-406). No era una anomalía que el curso accidentado de su biografía le suscitase al duque de Rivas una impresión lúcida de su propia historicidad, de la velocidad descarnada de las décadas que había vivido. Así lo había expresado, al menos, en su poema «El tiempo»:

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso
Las silenciosas alas extendiendo

³ «Travels to Chile, over the Andes, in the Years 1820 and 1821», *The Quarterly Review*, 60, 1824: 441-472.

⁴ Se usa este término por ser traducción literal del empleado por los escritores de habla inglesa de la época: *Spanish America*.

⁵ Sobre el sentido cultural de quiebra temporal en la era de las revoluciones.

Huye á nunca volver! El brazo duro
 Sacude airado, el hierro poderoso
 De su segur terrible revolviendo,
 Y á su impulso tremendo
 En polvo se resuelve el fuerte muro;
 Tronos, imperios, y poder perecen.

(SAAVEDRA Y RAMÍREZ DE BAQUEDANO, 1854a [1818]: 132).

A través de su poesía, el considerado como uno de los introductores de la estética romántica en España⁶, transmitía la percepción de una temporalidad volcánica, instigadora de fuerzas y movimientos repentinos, que habían sido capaces de alterar con facilidad las formas políticas y los fundamentos morales que a las sociedades de los siglos precedentes les habían parecido inamovibles. En su doble condición de contemplador y actor de su época, el duque hilvanó cada vez con mayor claridad su visión del tiempo histórico como una fuerza esencialmente transformadora, que se movía en una dialéctica no siempre positiva entre la creación y la destrucción (FLITTER, 2016: 35-48). A partir de su regreso a España en 1833 y de su incorporación al Partido Moderado, Rivas expresó un vehemente anhelo de estabilización temporal. Su deseo fue encontrar principios político-sociales perdurables, capaces de trascender las contingencias y los desórdenes que parecían haberse hecho crónicos tras las revoluciones y las reacciones que había vivido desde su juventud. Las preocupaciones intelectuales de Rivas no lo convertían en una excepción.

Las élites intelectuales de todo el mundo euroamericano concibieron que debían sacar partido de la «experiencia» del violento ciclo de alteraciones revolucionarias que habían determinado la marcha extraviada de las décadas previas. Los discursos de muchos de estos actores transmitieron la percepción generalizada de que el plácido progreso de la civilización pregonado por Condorcet o Schiller⁷ había sido interrumpido bruscamente por una gran fractura histórica como la que en su día devastara el mundo de los antiguos romanos. Siguiendo la estela abierta por el conde de Volney (1795), muchos tornaron su mirada a las ruinas y escenas de la antigüedad clásica, para recrear el espectáculo elocuente de los imperios demolidos, de las civilizaciones perdidas y de los pueblos extintos, y aplicar estas imágenes a la conceptualización de su propia época.

Pero no todo fueron especulaciones teóricas o evocaciones de la caída de los imperios antiguos. Como ya nos han sugerido los relatos del capitán Hall, el pensamiento político de esta época de «transición» tuvo una fuente aún más inmediata, palpable e instructiva de reflexión en la descomposición repentina de la Monarquía imperial hispánica en el continente americano, acontecida en un periodo relativamente breve (1808-1824). De hecho, las poesías del duque de Rivas vincularon con especial insistencia sus ideas sobre la ruptura revolucionaria con el Antiguo Régimen, la decadencia de la comunidad nacional española

⁶ Véase ALCALÁ GALIANO, 1834: IX-XXXI.

⁷ Sobre la filosofía de la historia de estos pensadores ilustrados, BOWDEN, 2017: 13-14; 44-45.

y la pérdida de los dominios virreinales en América. Así lo atestigua su poema «Lamentación», aparecido en 1840:

Eternos soles de radiante gloria
 Coronaron la reina de dos mundos.
 ... Mas ¡ay! aquella espléndida victoria
 Solo le dió laureles infecundos. [...]
 En fango sepultóse el nombre augusto
 De la egregia nación, hecho girones
 Su regio manto, y su poder robusto
 Se perdió en dolorosas convulsiones.
 Y en ellas ¡ay! en mísera agonía
 Revuélcase infeliz, despedazada
 La gloria de la antigua monarquía,
 Doquier del mar y el sol reverenciada. [...]
 Sí, que tambien perecen las naciones
 Y se hunden del olvido en las regiones.
 ... De ciento, soles de grandeza un día, [...]
 ¿La patria de Pelayos é Isidoros
 Desaparecerá ? ... ¿La denodada
 Que desde Covadonga hasta Granada
 Holló gloriosa los pendones moros;
 La que llevó de ocaso á las riberas
 En bajeles triunfantes
 La santa cruz de Cristo en sus banderas
 Se hundirá en el no ser?...

(SAAVEDRA Y RAMÍREZ DE BAQUEDANO, 1854b [1840]: 362-63).

Es posible apreciar cómo los romances históricos de Rivas asociaron sin ambages la idea de la formación de la nación española con la de su expansión imperial continuada. A su vez, relacionaron la pérdida del imperio ultramarino con el ciclo de anomia y decadencia política interna que había llegado a su culmen con los conflictos del siglo XIX. Estos avatares, en el contexto inmediatamente posterior a la guerra civil sostenida entre carlistas e isabelinos⁸, le sugerían al duque incluso la posibilidad de desaparición de la nacionalidad española y de la Monarquía. El peso que el prohombre sevillano le dio a la historia imperial en la dilucidación del porvenir de España fue común a la mayoría de los pensadores de su generación. Muchos de sus coetáneos habían participado como actores protagonistas en las políticas imperiales del ciclo anterior y trataron de explicar las causas de la revolución de la «España americana», interpretando además su propio papel en el conflicto y generando una ola de retrospectión transatlántica.

Como han demostrado los discursos de Hall y sus reseñistas, tampoco en los imaginarios políticos del Reino Unido pasó de largo la desmembración de la potencia rival: una curtida falange de hombres de Estado, diplomáticos, militares y comerciantes que habían intervenido de manera decisiva en la crisis de la Monarquía española también mostraron la vocación de historiar y explicar lo

⁸ Para una excelente síntesis del fenómeno MORAL RONCAL, 2006.